

Las interfaces discursivas como categoría de análisis: El caso de Andrés Manuel López Obrador

Discursive interfaces as a category of analysis: The case of Andrés Manuel López Obrador

Jorge Mejía Valenzuela*

<https://orcid.org/0000-0002-6621-3303>

jormeij94@gmail.com

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México (FLACSO México).

Resumen

Este artículo analiza la reconfiguración de lo público en México a través del discurso de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) mediante la categoría de interfaz discursiva. Se argumenta que la narrativa del expresidente busca disolver la distinción clásica entre el Estado y la sociedad, hecho que se puede leer como un intento de conformación de interfaces socioestatales. Esto se produce a través de un enmarcamiento que prioriza la “economía moral” y la “revolución de las conciencias”, la política pública se desplaza de la racionalidad técnica hacia una ontología de la identidad colectiva. Se concluye que esta fusión simbólica tiene como finalidad subordinar la gestión institucional a una lógica de adhesión moral y comunión política con el pueblo.

Palabras clave:

Interfaz discursiva, enmarcamiento, interfaces socioestatales, racionalidad técnica, ontología de la identidad colectiva

Abstract

This article analyzes the reconfiguration of the public sphere in Mexico through the discourse of Andrés Manuel López Obrador (AMLO) using the category of discursive interface. It argues that the former president's narrative seeks to dissolve the classical distinction between the State and society, a move that can be interpreted as an attempt to shape State-society interfaces. Through a framing that prioritizes a “moral economy” and the “revolution of consciences,” public policy shifts from technical rationality toward an ontology of collective identity. The study concludes that this symbolic fusion aims to subordinate institutional management to a logic of moral adherence and political communion with the people.

Keywords:

Discourse interface, framing, State-society interfaces, technical rationality, ontology of collective identity.

Doctorado de Investigación en Ciencias Sociales con Mención en Sociología La Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO México). Maestría en Ciencia Política en el Centro de Estudios Internacionales, Colegio de México (COLMEX). Licenciado en Sociología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Nuevo León.

Introducción

En México, el 2018 representó un año histórico porque implicó un resquebrajamiento de la manera en que se comprendió la política en el país durante décadas. Desde el sexenio de Miguel de la Madrid hasta el de Enrique Peña Nieto, la gestión gubernamental en México se rigió por un paradigma de racionalidad técnica y eficiencia administrativa; fue a partir de la década de los 80 que el núcleo tecnocrático entró al poder en el país, tratando de enmendar los errores y excesos propios de una etapa más populista de la política nacional. En este modelo, el Estado y la sociedad civil operaban como entes separados por mecanismos de mediación institucional y organismos autónomos; de esta manera, la racionalidad técnica que marcó a estas administraciones implicó un distanciamiento entre la sociedad civil y el Estado.

Esta separación, acentuada por la incapacidad para resolver problemas estructurales del modelo imperante hasta el momento, derivó en una serie de agravios entre la población que marcaron de manera definitiva a la era tecnocrática en México. A raíz de esto, surgió una crisis de legitimidad en el Estado producto de la persistencia de la desigualdad, la corrupción rampante y la percepción de una clase política que existía al margen del sentir popular. Esta disociación entre la sociedad civil y el Estado se fue exacerbando lentamente hasta que, por fin, en 2018, el malestar popular estalló y los votantes decidieron poner a un proyecto de reconfiguración ontológica de lo público, a la “Cuarta Transformación”, en el poder. No había certezas de si esta “transformación” en realidad se podía denominar como tal, pero los agravios sentidos llegaron a ser tan fuertes que se buscó, por lo menos, una posibilidad de cambio en un paradigma de gobernanza post-neoliberal.

Lo anterior se hizo posible porque el discurso de López Obrador contó con una peculiaridad muy interesante: en lugar de proponer un Estado tecnócrata que tenía como finalidad la búsqueda de una racionalidad técnica propuso una comunión entre lo institucional y lo contencioso para dar pie a una mezcla entre una democracia participativa y una democracia representativa. En palabras del mismo AMLO:

“No es suficiente con que la sociedad esté informada y atenta; debe, además participar e involucrarse en las decisiones relevantes de quienes

la representan en la función pública; debe borrarse para siempre la separación entre el pueblo y el Gobierno” (López-Obrador, 2019, p. 92)

Bajo esta premisa, el presente artículo sostiene la hipótesis de que dicha voluntad de integración —leída aquí como una interfaz socioestatal discursiva— constituye el mecanismo fundamental de legitimación del proyecto político de la Cuarta Transformación.

Esta voluntad de borrar las fronteras entre el mando y la obediencia no debe leerse únicamente como una estrategia comunicativa, sino como una propuesta de reconfiguración de la esfera pública. En términos teóricos, este fenómeno puede comprenderse a través de la categoría de interfaces socioestatales. Esta noción parte del concepto de interfaz social de Long, quien las define, según Hevia e Isunza-Vera (2010, p. 62) como espacios de interrelación entre actores sociales que se cualifican por la negociación, la disputa y el conflicto en torno a una determinada problemática social, caracterizándose por contar con relaciones de poder asimétricas entre los actores involucrados. Según estos autores, esta interfaz socioestatal está determinada “estructuralmente tanto por la política pública como por los proyectos socioestatales de los actores (estatales y sociales) concernidos)” (Hevia & Isunza-Vera, 2010, p. 61). El problema filosófico que surge de esta intersección es profundo y es la pregunta bajo la cual se rige el presente texto: ¿cómo se transforma la naturaleza de la política pública cuando el Estado transita de una gestión técnica a una militancia activa?

Al postular una comunión absoluta entre el pueblo y el Estado, el discurso de López Obrador desplaza el eje de la acción gubernamental de la racionalidad instrumental hacia una ontología de la identidad colectiva. Bajo esta lógica, la legitimidad de una política pública ya no reside en su diseño técnico o en su eficiencia medible, sino en su capacidad de reflejar la voluntad moral del pueblo. Este artículo propone analizar cómo esta fusión simbólica, mediada por procesos de enmarcamiento específicos, busca establecer una nueva legitimidad que subordina la institucionalidad a la cohesión política y moral. Cabe destacar que, tradicionalmente, el concepto de interfaz socioestatal se utiliza para describir procesos materiales y no discursivos. No obstante, en el presente artículo, sostenemos que el discurso permite abrir —o, por lo menos, proponer— nuevas interfaces socioestatales que transformen la relación entre el Estado y la socie-

dad civil. Para fines analíticos, introducimos la categoría de interfaz discursiva.

La interfaz discursiva y el proceso de enmarcamiento

Antes de proseguir con nuestro análisis, conviene detenernos a problematizar más en el concepto de interfaz socioestatal, ya que representa la base de la categoría central que rige nuestro análisis. Como nos señala Hahn-Luchmann et al. (2019, p. 146),

en lugar de ser sistemas integrados que articulan participación, deliberación y representación, las interfaces socio-estatales se crean y operan, en gran medida, de forma fragmentada y desarticulada, obedeciendo a propósitos y objetivos según intereses y estrategias político-gubernamentales y según contextos y dinámicas sociales e institucionales. (Hahn-Luchmann *et al.*, 2019, p. 146)¹

De esta manera, podemos observar cómo las interfaces socioestatales se fundamentan en relaciones de poder asimétricas, donde hay un actor (el Estado) que cuenta con un diferencial de poder con su contraparte contenciosa. De igual manera, según Hevia e Isunza-Vera (2006, p. 27) las interfaces socioestatales se dividen en dos tipos: los cognoscitivos y los políticos. Por un lado, las interfaces de tipo cognoscitivo son aquellas que remiten a una lógica de “hacer saber”, mientras que las de tipo político son las que se orientan a una lógica de “hacer hacer”. De esta manera, podemos afirmar que las interfaces de tipo cognoscitivo son aquellas que corresponden en mayor medida a procesos comunicativos mientras las interfaces de tipo político corresponden a procesos de acción-participación.

Abundan ejemplos de ambos tipos de interfaces. En el caso de las cognoscitivas, estas abarcan desde prácticas como la denuncia ciudadana anónima hasta la institucionalización de organismos como el Sistema Nacional de Quejas, Denuncias y Atención Ciudadana de la Secretaría de la Función Pública (SFP). Por otra parte, las interfaces políticas se expresan en órganos como los Consejos Ciudadanos de Control y Vigilancia (COCICOVIs) del Estado de México o el propio Instituto Nacional Electoral (INE). De esta manera, con base en los ejemplos proporcionados, observamos que las interfaces socioestatales comprenden prácticas, estrategias y organismos establecidos para entablar una comunicación entre el Estado y la sociedad civil.

1 Este texto fue traducido del portugués al español con la aplicación de IA DeepL.

En este punto, hay que destacar que en ningún discurso existe un vacío ideacional-narrativo, sino que representan la cristalización de una postura política determinada. Estos discursos simbolizan actos de comunicación social donde un remitente busca persuadir a una audiencia para cambiar su pensamiento, y por extensión, sus prácticas. Ahora, retomando la acepción de Van Dijk, el discurso es:

una actividad humana controlada, intencional y con un propósito [...] Estas acciones pueden tener propiedades muy diferentes, pero todas son actos comunicativos. Aunque las intenciones y los propósitos suelen describirse como representaciones mentales, también son socialmente relevantes porque se manifiestan como actividad social y porque nos son atribuidos por otros que interpretan esa actividad: es así como los otros nos interpretan o definen como personas más o menos racionales y, al mismo tiempo, como actores sociales. (Van Dijk, 2000, pp. 28-29)

En otras palabras, un discurso se distingue de una representación mental en su naturaleza social: mientras que esta última puede permanecer en la dimensión privada del individuo, el discurso es, intrínsecamente, un acto de interacción fundamentado en la persuasión y la influencia. Es este atributo lo que hace que el discurso sea tan potente: al incidir sobre el pensamiento de las personas, establece los criterios de posibilidad para que prácticas concretas se materialicen.

El caso de López Obrador es interesante ya que, si bien AMLO no plantea en ningún momento a las interfaces socioestatales, su discurso puede interpretarse como un intento de refinar los mecanismos que intermedian la relación entre la sociedad civil y el Estado, esto es, de conformar y “aceitar” interfaces socioestatales, aunque implícitamente.

De esta manera, no es inverosímil aseverar que para que se puedan establecer interfaces socioestatales primero es preciso abrir una interfaz discursiva para de esta manera lograr que se articulen las prácticas y organismos que se muestran en la noción clásica de interfaz socioestatal. Para propósitos de este texto, comprenderemos a la interfaz discursiva como el espacio simbólico de interacción asimétrica, constituido performativamente por el lenguaje político, que establece los términos, los sujetos y los objetivos legítimos de la relación entre distintos actores sociales (en este caso el Estado y sociedad civil), antecediendo y posibilitando la emergencia de interfaces materiales concretas.

Es relevante notar que, más allá de si las promesas de López Obrador se cumplieron o no (o en qué medida), su discurso mismo se centra en la conformación de estos mecanismos de intermediación. De esta manera, al emitir su discurso, AMLO abre un ámbito de posibilidad desde un espacio de enunciación privilegiado, influenciando de manera importante el pensamiento y las acciones de millones de mexicanos. Esto se logró en buena medida gracias al aparato de las “mañaneras”, donde López Obrador comunicaba cada mañana su discurso de manera pública a la población mexicana. Las “mañaneras” representan un mecanismo comunicativo que resultó imprescindible en la estrategia discursiva de AMLO, ya que le proporcionaban la pauta para establecer una contra narrativa a la establecida por las fuerzas de la oposición, avalada por su inmensa popularidad y capital político.

Esto se debe a que, como nos dicen Berger y Luckmann (1968, p. 55), “el lenguaje, que aquí podemos definir como un sistema de signos vocales, es el sistema de signos más importante de la sociedad humana.” Las razones son las siguientes:

- Objetiva y ordena el mundo: el lenguaje le da forma a la realidad proporcionando las objetivaciones necesarias (como nombres, categorías, vocabularios técnicos) que marcan las pautas de nuestra vida social (Berger & Luckmann, 1968, p. 39).
- Tipifica experiencias: el lenguaje proporciona esquemas de clasificación que tipifican experiencias biográficas únicas en categorías amplias y anónimas. Por ejemplo, una experiencia personal como una instancia de conflicto se transforma mediante el lenguaje en “dificultades con la suegra”, permitiendo que dicha vivencia tenga sentido social y pueda ser comprendida por cualquiera. (Berger & Luckmann, 1968, p. 57)
- Le otorga una trascendencia al presente: el lenguaje, mediante un acto comunicativo presentista, permite a los seres humanos tender puentes entre diferentes espacios, tiempos y grupos sociales, haciendo presentes a personas o cosas ausentes e integrando la experiencia en un todo significativo (Berger & Luckmann, 1968, p. 58)
- Permite la acumulación y la transmisión del conocimiento: Al abstraer las vivencias compartidas de sus contextos individuales originales, el lenguaje se convierte en un depósito donde se acumulan las experiencias y significados de una



sociedad. (Berger & Luckmann, 1968, p. 59)

- Crea universos simbólicos: el lenguaje tiene la capacidad de construir aparatos de representación —como la religión, la filosofía, el arte y la ciencia— que trascienden la experiencia diaria (Berger & Luckmann, 1968, p. 58). Estos universos simbólicos otorgan la máxima legitimación al orden institucional, dotando a la realidad humana de un sentido total. También imponen una “lógica” superpuesta al mundo social que unifica todas las instituciones bajo un marco coherente. (Berger & Luckmann, 1968, pp. 86-87).
- Posibilita tanto la internalización como la socialización: El lenguaje es el vehículo principal para traducir la realidad objetiva en una realidad subjetiva dentro de la mente de los individuos. Es el contenido y el instrumento más importante en la socialización primaria (durante la niñez), permitiendo la cristalización simultánea de la identidad del individuo y del mundo social en su conciencia. (Berger & Luckmann, 1968, pp. 168-169)

De esta manera, podemos ver cómo, especialmente mediante la conformación de universos simbólicos, el lenguaje nos permite construir la realidad social en primera instancia, así como legitimar nuestros sistemas políticos y sociales. Así, el discurso, al ser el mecanismo en el cual se basa la comunicación humana, nos posibilita entablar interfaces discursivas basadas en relaciones asimétricas entre la sociedad civil y el Estado (para nuestro caso). Esto, en otras palabras, significa que es mediante la comunicación lingüística que podemos entablar una práctica de intermediación entre los actores mencionados.

Ahora bien, cabe destacar que los discursos parten de marcos de significado, los cuales, se pueden comprender como esquemas de interpretación que inducen a los individuos a percibir ordenadamente sus vivencias tanto en su espacio de vida como en el mundo en general (Goffman, 1974). Los marcos de sentido, al verse como procesos, se pueden entender como “enmarcamientos”. El análisis de estos marcos, además, se puede utilizar para describir discursos que buscan incidir en las formas de acción colectiva en la sociedad. Así entonces, el enmarcamiento colectivo consiste en tres etapas diferenciadas: el marco diagnóstico, el marco pronóstico y el marco motivacional. Partiendo del análisis de Snow y Benford (1988: 200-204), estas fases se pueden comprender de la siguiente manera:

- Marco diagnóstico: Señala qué está mal y quién tiene la culpa. Define el

problema y señala a los responsables.

- Marco pronóstico: Propone qué hacer al respecto. Consiste en el mapa constituido por los objetivos, las estrategias y los pasos a seguir.
- Marco motivacional: Convince a la gente de que se sume a la movilización. Es el “llamado a la acción” que explica por qué vale la pena involucrarse.

Así, podemos ver que todo discurso de movilización parte del proceso de enmarcamiento, compuesto por las tres etapas aquí mencionadas. En todo caso, es importante notar que el constructo lingüístico que representa el discurso es fundamental para aprehender y activar tanto la vida social como la política. A continuación, profundizaremos en las lógicas imperantes antes y después del advenimiento del régimen obradorista, así como su proceso de transformación.

El desplazamiento del eje de la legitimidad: de la técnica a la moral

Ahora que hemos ahondado en la noción de interfaz discursiva, exploraremos el proceso de enmarcamiento de López Obrador, pero antes de ello, resulta preciso examinar la distinción entre la racionalidad técnica y la ontología de la identidad colectiva. Este análisis permite dilucidar el cambio de paradigma cognitivo que supuso la transición del periodo tecnocrático hacia la Cuarta Transformación en México.

En primer lugar, la racionalidad técnica se comprende como una forma de pensar y de vivir característica de la era moderna, en la cual se enfatiza la mentalidad científico-analítica, la búsqueda de control de los fenómenos a través de un análisis reductivo, y la creencia absoluta en el progreso tecnológico (Adams & Hill-Ingersoll, 1990, p. 286).

Por su parte, entendemos a la ontología de la identidad colectiva como el modo en que una comunidad política se constituye como entidad sustancial mediante operaciones discursivas e institucionales que establecen qué existe socialmente, quién pertenece y qué vínculos definen la cohesión del grupo. A diferencia de las identidades como dato pre-político, esta perspectiva sostiene que la identidad colectiva emerge como un efecto de las prácticas de nombramiento, clasificación y antagonismo que fijan provisionalmente los contornos de un “no-



sotros” dotado de existencia propia y de intereses unitarios.

Para Chantal Mouffe (2007), la ontología de las identidades colectivas parte de la premisa de que la identidad no es una esencia preexistente, sino el resultado precario de un proceso de identificación que siempre es relacional. Toda identidad colectiva se constituye a través de una diferenciación entre un “nosotros” y un “ellos” (Mouffe, 2007, p. 21). Por su parte, Benedict Anderson propone una ontología donde la identidad colectiva moderna se define como “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (Anderson, 1993, p. 23). Es imaginada porque la inmensa mayoría de sus miembros jamás se conocerán cara a cara, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión anónima (Anderson, 1993).

Ahora, si bien la noción de Mouffe y la de Anderson parecen estar contrapuestas (ya que la primera sugiere conflicto y la segunda unidad), en realidad son acepciones que se pueden complementar de manera orgánica, ya que las comunidades que se imaginan como parte de una unidad simbólica no se fundamentan, necesariamente, en la nacionalidad, sino que se pueden conformar con base en elementos como la ideología o la condición de clase, por mencionar algunas. Así, las comunidades imaginarias representan tanto el “nosotros” como el “ellos” de los que habla Mouffe (haciendo referencia a Schmitt). Retomando la ontología de la identidad colectiva, es a través de estas “comunidades imaginadas” (configuradas por procesos de antagonismo relacional) como se consolidan identidades colectivas que permiten, en primera instancia, la cohesión en un grupo social.

Ahora bien, resulta importante hacer hincapié en que López Obrador, al poner en comunión a lo contencioso y a lo institucional, promueve la formación de una serie de prácticas e instituciones para fomentar la separación entre el Estado y la sociedad civil, lo que hemos determinado aquí como la apertura de una interfaz discursiva. Dicho esto, resulta preciso conocer cómo es que AMLO enmarcó su discurso. Para ello, recurriremos a Mejía Valenzuela (2026), quien examina la operatividad de dicha narrativa en cada etapa. En su estudio, el autor aplicó el Método de Análisis Estructural (MAE) en conjunción con un análisis de marcos para comprender las estructuras de sentido que caracterizan al discurso obradorista en sus tres fases del proceso de enmarcamiento.

En primer lugar, Mejía Valenzuela (2026, p. 175) sostiene que el marco diagnóstico de López Obrador se define por su crítica a una “república simulada” fundamentada sobre un sistema neoporfirista. Básicamente, esto refiere a cómo, según AMLO, la democracia mexicana antes del advenimiento de la Cuarta Transformación era una fachada procedimental para justificar que el Estado era, en efecto, democrático. Afirma que, en realidad, su propósito no era obtener el bienestar económico y espiritual del pueblo mexicano sino maximizar la utilidad de las élites nacionales. Esto se logró mediante un sistema neoporfirista, llamado así por ser análogo al modelo de dominación porfirista, basado en la connivencia entre las élites políticas y económica. Así, el neoliberalismo y el ethos tecnocrático en México no eran metas para mejorar la calidad de vida de la población; antes bien, constituían herramientas de extracción de capital de las masas para enriquecer a los poderosos.

En su marco pronóstico, Mejía Valenzuela (2026) nos dice cómo AMLO propone una economía moral para reestablecer el tejido social mexicano, la cual, a su vez, está fundamentada en la noción de austeridad republicana para poder de esta manera llegar a un auténtico Estado de bienestar. Esto es algo que se logrará mediante la conformación de una nueva legalidad posibilitada por la movilización permanente de la ciudadanía.

En otras palabras, la idea es que el Estado tiene el deber de escuchar los agravios y necesidades reales de la ciudadanía mexicana en lugar de cumplir su rol tecnocrático como rector de la vida económica y social del país. Esto se lograría con una ciudadanía informada y comprometida con el cambio político, que fungiría como aliada del Estado para hacer, paulatinamente, reformas constitucionales hasta establecer las bases de la nueva legalidad de la que habla López Obrador, la cual se puede sintetizar como un nuevo pacto social basado en la solidaridad y el igualitarismo.

Finalmente, Mejía Valenzuela (2026, pp. 175-176) nos dice cómo el marco motivacional de AMLO consiste en proponer el proyecto de la Cuarta Transformación, guiada por la filosofía del humanismo mexicano bajo los criterios de la república fraterna y amorosa. En otras palabras, el expresidente argumenta que el cumplimiento de su pronóstico dará paso a una nueva etapa de la vida nacional. Esta fase se fundamenta en un humanismo ético y el amor al prójimo, en



donde la fraternidad social desplaza a las antiguas prácticas de corrupción, impunidad y nepotismo, relegándolas al pasado. Una utopía encarnada en el pueblo mexicano, básicamente, donde toda la población, mediante una acción colectiva permanente, se aseguraría de evitar los abusos y arbitrariedades de antaño, haciendo que todas y todos se conviertan en los heraldos del porvenir mexicano.

Al analizar esta narrativa, se observa cómo López Obrador impugna el paradigma de la racionalidad técnica, la cual equipara con el saqueo de la nación en beneficio de las élites. Frente a este ethos tecnocrático, el exmandatario propone una ontología de la identidad colectiva, donde la movilización permanente de la ciudadanía se convierte en el mecanismo esencial para instituir una nueva legalidad que consolide a la Cuarta Transformación. Así, el punto del proyecto político propuesto por López Obrador no radica en la administración técnica de la economía y sociedad mexicana, sino en la conformación de una identidad colectiva común que funja como el eje para dirigir el devenir nacional mediante una interlocución constante con el actor estatal.

Así, el eje de la legitimidad del Estado mexicano se desplaza de la técnica a la moral: En esta lógica, el propósito y la misión del Estado “ya no es” proveer de un crecimiento económico en abstracto, sino que logre satisfacer las necesidades espirituales y materiales de la población a cabalidad. Como ya explicamos, esto se logra mediante la comunión de lógicas propias tanto de la política institucional como de la política contenciosa, por lo que AMLO en el fondo propone una nueva forma de comprender la política y el ejercicio de los asuntos públicos en una relación orgánica ente la sociedad civil y el Estado.

Nuevamente, cabe destacar que este análisis se centra en la construcción discursiva de López Obrador y no en su ejecución. No obstante, la manera en que AMLO enmarca su discurso implica una paradoja significativa: al intentar borrar la separación entre el pueblo y el Estado, el discurso presupone la existencia de ambas esferas para que la comunicación perenne sea posible. Así, lejos de disolver sus fronteras, termina reafirmándolas. Antes de profundizar en esta tesis, resulta preciso examinar los mecanismos mediante los cuales el Estado invisibiliza las relaciones de dominación en la sociedad.

El Estado como ficción: asentando las bases para la dominación social.

Para este punto, conviene examinar la distinción que realiza Philip Abrams en torno al sistema de Estado y la idea de Estado. Según el autor, el Estado se divide en dos dimensiones analíticamente diferenciables: la pragmática-institucional (sistema) y la ideológica (la idea). La primera de estas dimensiones refiere a las prácticas y estructuras institucionales de gobierno que, en mayor o menor medida, se manifiestan de forma extensiva, unificada y dominante en cualquier sociedad dada (Abrams, 1988, p. 82). Por otro lado, la idea de Estado se refiere a una construcción ideológica proyectada, aceptada y utilizada en diferentes sociedades la cual dota al sistema institucional de una identidad simbólica integrada y abstracta. Esta noción es reificada, adquiriendo así un carácter diferenciado respecto al sistema pragmático del cual emana (Abrams, 1988, p. 82).

De esta manera, el Estado se convierte, antes que cualquier otra cosa, en un proyecto ideológico y en un ejercicio de legitimación -cuyo propósito fundamental radica en enmascarar las relaciones de dominación- que, de otra manera se considerarían inaceptables, así como las verdaderas relaciones de sujeción (de clase, económicas, etc.), presentándolas ante la sociedad como un poder legítimo, desinteresado y orientado hacia el interés común. El éxito del Estado radica precisamente en su capacidad para ocultar la profunda desunión y los conflictos sociales detrás de una fachada de unidad y moralidad (Abrams, 1988, p. 76). En síntesis, el argumento de Abrams radica en que la idea de Estado surge de las prácticas concretas del sistema de Estado, pero termina siendo reificado para verse como un aparato y una entidad abstracta mediante la cual se ejerce un proyecto ideológico que legitima el estatus quo imperante del momento.

Esto se vincula con la noción de O'Donnell de que el Estado, al presentarse como una fuerza externa e imparcial movida por una racionalidad superior, invisibiliza su complicidad estructural: el hecho de que todo su accionar, mediante decisiones y omisiones rutinarias, presupone tácitamente y ratifica de forma sistemática la reproducción de la sociedad capitalista (O'Donnell, 1978, p. 1175). El autor procede a decirnos que, para legitimar su dominación, lograr obediencia y no mostrarse únicamente como el instrumento coercitivo de una clase, el Estado tiende un arco de solidaridades que ocultan el fraccionamiento conflictivo

de la sociedad civil. Estas mediaciones son la ciudadanía, la nación y el pueblo.

Para O'Donnell (1978), la ciudadanía funge como el fundamento del Estado, ya que representa una postulación de igualdad abstracta donde todos los sujetos constituyen el poder estatal por igual. Por su parte, la nación constituye el referente común bajo el cual la ciudadanía se identifica, ya que actúa como una generalidad concreta. Esto se debe a que el Estado invoca a la nación como un interés general superior que existe por encima de las partes, negando las contradicciones de clase y sacralizando las desigualdades bajo un “nosotros” indiferenciado. Finalmente, el pueblo representa la mediación ambigua que emerge de la evidencia de la desigualdad, integrando así a los desposeídos que reclaman justicia sustantiva. Es ambigua porque oculta la dominación bajo una identidad amplia (“los de abajo”), pero a la vez puede convertirse en un campo donde las clases subordinadas se reconozcan como tales frente a los privilegiados, lo que abre la posibilidad de desafiar el orden establecido (O'Donnell, 1978, pp. 1188-1196).

Si bien O'Donnell hace referencia a la estructuración de las relaciones de dominación existentes bajo un sistema capitalista, podemos inferir, partiendo del marco teórico de Abrams, que el esquema de O'Donnell (1978) en realidad puede aplicarse a cualquier Estado-nación, independientemente de las relaciones de clase subyacentes a este. Esto se debe a que, según Abrams, lo que llamamos Estado se puede diferenciar entre el sistema de Estado y la idea de Estado. Así, O'Donnell (1978) nos proporciona los mecanismos de operación de la idea de Estado en las sociedades capitalistas (que son las dominantes en la actualidad). En otras palabras, esta reificación de la que habla Abrams se logra mediante la conjunción de los aparatos de la ciudadanía, la nación y el pueblo. La interacción de estos mecanismos proyecta la imagen de un Estado orientado al bien común; sin embargo, dicha construcción discursiva funciona, en realidad, como un velo para ocultar las relaciones de dominación que le subyacen.

Finalmente, podemos vincular las teorías de Abrams y O'Donnell con la perspectiva de Bourdieu sobre la naturaleza del Estado. Para este último, el Estado es el fundamento no sólo de la integración moral (basada en los valores compartidos), sino, sobre todo, de la integración lógica de la sociedad. Esto significa que el Estado moldea nuestras estructuras mentales, al dotar a los agentes

sociales las mismas categorías de percepción y de pensamiento. Al inculcar estas estructuras cognitivas, el Estado produce un consenso fundamental e inmediato sobre el sentido del mundo, el cual es la condición misma para que la sociedad pueda comunicarse e incluso tener conflictos (Bourdieu, 2014, pp. 10-11).

El objetivo y resultado máximo de esta producción de sentido es la creación de una experiencia dóxica del mundo social, entendida como la comprensión primera, inmediata y pre-reflexiva que tenemos de él. Esto ocurre cuando las categorías de pensamiento de los individuos se ajustan tan perfectamente a las estructuras creadas por el Estado, que el orden social, en sí mismo arbitrario (dadas sus jerarquías, clasificaciones y normas), se percibe como algo totalmente natural y evidente. Esto se puede comprender como una forma de violencia simbólica, ya que la sumisión al Estado no requiere de fuerza física constante, sino que se logra mediante actos cognitivos de reconocimiento. Así, el Estado domina porque los individuos piensan y perciben el mundo utilizando las mismas estructuras de pensamiento que el Estado ha fabricado e introducido en sus mentes (Bourdieu, 2014, pp. 239-240).

En otras palabras, si vinculamos a Abrams, a O'Donnell y a Bourdieu, podemos ver cómo la idea de Estado se conforma mediante mecanismos simbólicos que se introyectan en los individuos para reificarlo y de esta manera naturalizar el orden establecido en la percepción de los sujetos sociales. Lo que resulta interesante destacar es que, si bien el Estado parte de prácticas y estructuras institucionales, también consiste de proyecciones ideológicas para darle sentido y justificar al orden social en el que los actores están inmersos. Este último proceso no ocurre solamente mediante acciones concretas, por lo que es importante destacar que tiene un fundamento discursivo fundamental que sirve para establecer este proceso de naturalización en las personas desde un plano ideacional. Es aquí que volvemos a la noción de la interfaz discursiva: es mediante las prácticas de diálogo y persuasión que los sujetos interiorizan estas estructuras sociales y las ven como naturales (e inclusive necesarias).

La paradoja discursiva de AMLO y la legitimación de un nuevo orden social



Ahora que se ha explicado brevemente la naturaleza del Estado y su vinculación con el lenguaje, resulta fundamental regresar a la paradoja mencionada previamente en este texto: López Obrador, al proponer eliminar las barreras que separan al pueblo y al Estado, termina reconociendo implícitamente la existencia de ambas esferas. Realiza esto a través de una interfaz discursiva que, en el fondo, le da un rol de rector y benefactor al Estado mexicano con respeto a la sociedad civil que está interpelando. En efecto, AMLO nos dice que la sociedad debe estar permanentemente movilizada, así como también debe dar a conocer sus agravios y necesidades a este ente para que pueda movilizar recursos que lo lleven a atender estas cuestiones. No obstante, al decir esto, el exmandatario terminó reificando al Estado para verlo como una entidad que, si bien debe existir para propósitos nobles, resalta por estar por encima de la sociedad (de ahí que tenga la capacidad de redistribución y ejercicio de la justicia que propone).

Desde una perspectiva lógica, la única forma en que se podría borrar la separación entre el pueblo y el Estado sería mediante la adopción de formas de organización política que disuelven la centralidad estatal, como ciertas tradiciones anarquistas o de autogobierno comunal, donde la distinción entre gobernantes y gobernados tiende a desvanecerse en la práctica. Sin embargo, al sugerir que los mecanismos de interlocución entre el Estado y la sociedad deben profundizarse (lo cual se puede leer como un refinamiento de las interfaces socioestatales existentes) AMLO no elimina esta frontera, sino que la fortalece, dándole al ente una nueva legitimidad como benefactor del pueblo y posicionándolo como la entidad suprema que rige la vida social en México.

López Obrador logra esto mediante la realización de un desplazamiento normativo de la racionalidad técnica a la ontología de la identidad colectiva. En otras palabras, el mecanismo discursivo de AMLO no es, en sí mismo, un movimiento para cumplir las promesas que hace, sino una movilización cuya función radica en naturalizar un nuevo orden social, en donde se dan prácticas que no necesariamente coinciden con el discurso. No así, a través de la labor de convencimiento que realiza, fundamentan un nuevo contrato social y una nueva forma de comprender la política nacional en nuestro país. Lo que importa en el nuevo contrato social no es obligatoriamente la eficiencia técnica, sino la conformación de una identidad colectiva común que sea la base para la operación práctica del

Estado.

Así, podemos ver cómo, antes de que existan prácticas y estructuras institucionales concretas para ejercer la vida social, se necesitan establecer pautas narrativo-ideacionales para que las condiciones materiales del Estado se conformen en primer lugar. De esta manera, lo que importa no es tanto si se efectúa o no lo que dice López Obrador, sino el hecho de que su discurso cambia la lógica de lo público y la comprensión del Estado que se maneja a nivel colectivo en México. La fuente de legitimidad de la que se nutre el Estado muta de manera importante, pero lo que resulta preciso destacar es que, en el fondo, la función y la razón de ser del ente estatal sigue siendo la misma: naturalizar las relaciones de poder existentes en la sociedad.

Conclusiones

En el presente texto, hemos argumentado que el discurso de López Obrador tiene la finalidad de cambiar el eje de la legitimidad en México, de la eficiencia administrativa a la lectura de la voluntad popular de la nación. Esto se logra mediante un proceso de enmarcamiento particular que prueba ser coherente a pesar de sus contradicciones, por lo que podemos llegar a la conclusión de que el objetivo de AMLO no es necesariamente cambiar el sistema de Estado en México, sino modificar la idea de Estado existente en el país. El producto de esto es la naturalización de las nuevas relaciones de fuerza a nivel nacional, convirtiéndolas en el fundamento de un nuevo contrato social.

El caso de estudio ilustrado nos muestra de qué modo se puede utilizar la categoría de interfaz discursiva para mostrar cómo se pueden integrar nuevas interfaces socioestatales a partir del lenguaje. Más allá de este tipo de interfaz, podemos concluir que cualquier tipo de interfaz social tiene su génesis en una dimensión discursiva, pues es en ella donde se gestan originalmente las prácticas e instituciones. De esta manera, podemos ver cómo el discurso y el lenguaje no son meros adornos de la práctica social, sino que son constitutivos de ésta, por lo que el plano ideacional-discursivo es la base para la materialización de la realidad social.



Referencias bibliográficas

- Abrams, P. (1988). Notes on the difficulty of Studying the State (1977). *Journal of Historical Sociology*, 1(1), 58-89. <https://doi.org/10.1111/j.1467-6443.1988.tb00004>
- Adams, G. B. & Hill-Ingersoll, V. (1990). Culture, Technical Rationality, and Organizational Culture. *American Review of Public Administration*, 20 (4), 285-302. <https://doi.org/10.1177/027507409002000403>
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Berger, P. & T. Luckmann (1968). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu Editores.
- Bourdieu, P. (2014). *Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France (1989-1992)*. Anagrama.
- Goffman, E. (1974). *Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience*. Northeastern University Press.
- Hahn-Luchmann, L. H., Abrão, R., & Kieling, M. (2019). Interfaces das interfaces socioestatais: Um estudo sobre as ouvidarias. *E-legis*, 12 (28), 145–176. <https://doi.org/10.51206/e-legis.v12i28.456>
- Hevia, F. & Isunza-Vera E. (2006). *Relaciones sociedad civil-Estado en México: Un ensayo de interpretación*. Programa Interinstitucional de Investigación-Acción sobre Democracia, Sociedad Civil y Derechos Humanos.
- Hevia, F., & Isunza-Vera, E. (2010). La perspectiva de interfaz aplicada a las relaciones sociedad civil-Estado en México. En A. Olvera (Coord.), *La democratización frustrada* (pp. 59–128). Universidad Veracruzana/CIESAS.
- López-Obrador, A. M. (2019). *Hacia una economía moral*. Planeta.
- Mejía Valenzuela, J. (2026). *Entre el pueblo y el Estado: Los procesos de enmarcamiento del discurso de Andrés Manuel López Obrador* [Tesis doctoral, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) México].
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Fondo de Cultura Económica.

- O'Donnell, G. (1978). Apuntes para una teoría del Estado. *Revista Mexicana de Sociología*, 40(4), 1157–1199. <https://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/61776/0>
- Snow, D. A., & Benford, R. D. (1988). Ideology, frame resonance, and participant mobilization. *International Social Movement Research*, 1, 197–218. https://www.researchgate.net/publication/285098685_Ideology_Frame_Resonance_and_Participant_Mobilization
- Van Dijk, T. A. (2000). El discurso como interacción en la sociedad. En T. A. Van Dijk (Ed.), *El discurso como interacción social* (pp. 19–66). Gedisa Editorial.